

que demuestran que al cabo son hermanas la divina pasión con las humanas.

XIX

Todas esas maduras picardías, tan maduras que caen como el fruto del árbol,—al hacer filosofías, inclinada la frente, el rostro enjuto, las piensa Jorge: luego no son más, ni son del fatigado y noble bruto, que antes prefirió su modesto pienso que en altares de amor quemar incienso.

XX

Prosigue el cuento. Aquel amor tranquilo, la santa paz y la ventura aquella, se oscurecieron en dolor. De un hilo pende la dicha. Rápida la estrella al horizonte marcha, y yo vacilo entre dejar la fulgurante huella, ó describir cómo se pone un astro de alma de luz y carne de alabastro.

XXI

Porque era un astro en marcha al horizonte Silvia enferma, doliente, quejumbrosa; era más, era el sol que tras el monte esconde la cabeza perczosa. Ne seré yo quien sin temor afronte el caso de decir cómo una rosa empalidece, á marchitar empieza y dobla sobre el tallo la cabeza.

XXII

Diré sencillamente y sin rodeos, como cumple á lo grave de la historia, que Silvia, entre adorables fantasmas perdida la razón, marchó á la gloria. Murio como los ángeles. Descendidos del cielo la llamaron. Su memoria quedó. Voló el perfume de la rosa, y una flor más perdió la mariposa.

XXIII

Una tarde de Abril es tarde triste; una puesta de sol el alma apena; oscuras sombras el espacio viste, rumor de quejas en el aire suena; sin brío y sin calor la luz resista, la sombra avanza, el infinito llena: y como hambre y armonías quiere el hombre sufre si la tarde muere.

XXIV

Siente Jorge la herida más abierta, más amargo el dolor, más duro el sino, la suerte de la vida más incierta, más escabroso y áspero el camino. En la tarde de Abril y en la desierta soledad de los campos, peregrino, es más cruel á su mísera existencia la injusta pena de la eterna ausencia.

XXV

Ausencia! Ausencia! Fuente de amargura, lazo de flores que el dolor desata; rayo de sol trocado en noche oscura; nube que el viento sopla y arrebata; martirio estéril; ley suprema y dura; veneno que en el pecho filtra y mata; porque es muerte la vida en quien no alcanza á ver en otros ojos su esperanza.

XXVI

Y Dios que dió la ausencia, dió la mente para evocar recuerdos del pasado y dar vida ideal al sér amante. En sus hondas tristezas refugiado, el corazón escucha, mira, siente la voz, la forma del objeto amado: labra una estatua y con su propio aliento le da vida, calor y pensamiento.

XXVII

Jorge, los ojos al alzar, veía sobre las hierbas, entre el denso velo, que tiende al mundo el expirante día, como formada de un girón de cielo, la dulce imagen que soñar solía ténele flotar sobre el oscuro suelo,—convertirse en mujer, gallarda alzarse, de onda de luz en carne trasformarse.

XXVIII

Vestía blanca saya, y en su pecho,—que el cincel en la estatua de una diosa perfilara,—las hojas del helecho extendían su palma primorosa. En cascadas finísimas deshecho su cabello caía; y más hermosa que á la luz de la vida fué despierta, era la aparición de Silvia muerta

XXIX

Ve Jorge, con aspecto dolorido, la vision acercarse. De la seda del traje femení siente el crujido; perfume de mujer la brisa leda lleva hasta él; y absorto, conmovido, mudo y en actitud de asombro queda, mientras el sol, en lánguido desmayo, de los cielos retira el postrer rayo.

XXX

“¿Me amas aún?” pregunta con acento dulce, como la música lejána que en las tardes serenas trae el viento; triste como el clamor de la campana que vocera en la noche, hondo lamento, voz vibrante en ternura sobrehumana; arullo de paloma tierna y casta; voz de mujer enamorada, y basta.

XXXI

La voz de la vision de espanto niela á Jorge: vuelve rápido la brida, con nervioso vigor clava la espuela, y carrera veloz, desparvorida emprende por los campos; va que vuela como el ave del buitre pers-guida; salva los fosos, los arroyos oruza, y aterra á la noctámbula lechaza.

XXXII

No hay un hombre valiente y decidido que, sin temblar ó estremecerse, aguante que lleguen claramente hasta su oído las voces de otro mundo; no hay gigante que no sea en pigmeo reducido si se ve con un muerto por delante, y el muerto desmintiendo los refranes, alza la voz para explicar sus planes.

XXXIII

Esa es la condicion mísera y triste de quien hace mortal, y en su pobreza, á utrapasar con ánimo resiste la línea oscura en que la muerte empieza. Blanca mortaja funeral reviste de Silvia enamorada la belleza, y es eso ¡Dios bendito! lo bastante para llevarse el mundo por delante!

XXXIV

Pero, es en vano que haya el caballero en fogoso corcel, y que del llano busque el conín, y que el punzante acero de las espuelas clave; es todo en vano! De Silvia la vision, salto ligero dió en los aires, tendió la blanca mano, y de los hombros de su amante asida, va en las ancas sentada y á él unida.

XXXV

La siente Jorge, vuelve la mirada, y es más hondo el pavor que le domina cuando ve la cabeza enamorada que en sus doblados hombros Silvia inclina; cuando la cabellera desfilada de la vision celeste y peregrina sacude el manto de oro, y suavemente le toca con sus hilos en la frente.

XXXVI

Adelante! Adelante! A la ventura! Alas más briosas no agitó el Pegaso! se extiende sin confines la llanura; los horizontes se abren á su paso; la noche lenta avanza; no figura un solo resplandor del sol de ocaso, y de los astros á la luz oscura, evocacion de infierno, el grupo pasa.

XXXVII

Y aún cruzarían la extension desierta el corcel desbocado, el caballero, la encajada vision de Silvia muerta. . . . yo, que la historia de los tres refiere, y tú, que hace una hora estás alerta por saber en qué para el entrevoro. . . . Pero, rodaron todos por el suelo, y la vision de Silvia marchó al cielo.

XXXVIII

No sé de qué pecados en castigo, sin vida yace el cuerpo del amante, tiene el espacio azul por manto amigo y por cirio una estrella fulgurante. En tanto mudo, impávido testigo, la luna llena asoma en el levante, y tiende por los campos solitarios rayos de plata en haces fanerarios.

XXXIX

Y aquí el cuento acabó. ¿A qué ha venido? No lo sé; me ocurrió matar las horas,

y el tiempo que se mata no es perdido. Oh! musas de otros días! soñadoras eternas! Si no sale entretenido y digno de gastar á las señoras este cuento, en el pecho se golpea el poeta, y exclama: *culpa mea!*

XI

*Mea culpa!* que al cabo da lo mismo, si consistiera todo mi pecado en sentir por las Musas fanatismo y haber, para mi mal, versificado desde la angusta pila del bautismo hasta el silon en que me ves sentado, iría á la mansion que á Silvia encierra. . . . mas, como Jorge, quedaré en la tierra!

E. E. RIVAROLAS.

La Plata, de 1892.

Un episodio de la Comuna.

**H**RAN los primeros días de Abril de 1871. Las hordas insurrectas de la Comuna azotaban con ferocidad la grandiosa Paris, presentando á los ojos del mundo el hecho más criminal y repugnante que registra en sus fastos la historia de los pueblos.

El robo, el deshonor, la sed de sangre, todo género de ignominias y entre ellas la deificación de la maldad, llevada al extremo de los más inconcebibles excesos: he ahí el sólo programa de aquella insurreccion, que fué en realidad de cosas, el resultado lógico que debía dar el espíritu de un pueblo faustamente amanantado en los últimos lustros del siglo anterior.

En el barrio de San Miguel (en Paris) y en una estrech. calle vecina á la de las Escuelas habitaba en el segundo piso de la casa número 16, la honrada familia Morel.

Esta se componía de su jefe José Morel, de edad de 64 años, si bien es cierto que denotaba algunos más por cierta inclinacion del cuerpo y la nieve que ostentaba en sus cabellos; de Margarita su esposa, de la hija mayor Eugenia, á la sazón de doce años, y de Pablo, el hijo menor, que contaba apenas diez.

El movimiento insurreccional habia tenido origen en los barrios más apartados de Paris, y se aproximaba tumultuoso y cada vez con carácter más feroz de la circunferencia al centro; y las familias que tenían su hogar en aquellos lugares emigraban á los puntos céntricos, huyendo de esa manera de aquel oleaje pavoroso de exterminio.

José Morel habitaba hacia largos años la misma casa en la cual habían nacido sus dos hijos y donde despachaba sus cortos negocios. Morel era comisionista en cierto género de comestibles, y debido á su diligencia y probidad gozaba de la proteccion de varios capitalistas, ganando así el modesto bienestar de su familia.

Desde la tarde del día 5 de Abril principió á sentirse grande agitacion en todo el barrio San Miguel: el ruido de la fusilería se iba aproximando; de vez en cuando se oían detonaciones de cañon; el olor de la pólvora, mezclado con el de la sangre, principiaba á sentirse en todo el aire; todo el mundo iba ó venía aceleradamente; los niños se estrechaban á sus madres; las mujeres pedían á gritos piedad al cielo; los hombres, unos corrían á armarse, otros preparaban la emigracion de su familia, y otros, reuniéndose en grupos y enarbolando la bandera roja, se alejaban precipitadamente hácia el lugar de donde venía el siniestro ruido, gritando: ¡Viva la Revolucion social!

En la mañana del seis era aún más espantoso el estado del barrio San Miguel; casi la totalidad de sus habitantes emigraba al corazon de Paris, pues iba á ser tomado de un momento á otro por la oleada de los insurrectos.

Así como á las diez, se encontraba José Morel en las puertas de su casa leyendo cierta carta que acababa de recibir, cuando Mr. Blondin su vecino del tercer piso, asía con su familia, que mudaba de o su antiguo hogar, que habitaba cerca de la calle Pre

—¡Cómol! Cuando se lleva usted la familia, Morel! ¿Ve usted que no hay tiempo que perder! Le dijo Mr. Blondin.

—Sí, sí, lo sé contestó Morel, ¡pero qué quiere usted? es necesario conciliar todas las necesidades y esperaba esta carta relativa á un negocio urgente.

—Y á qué barrio muda usted su genta? —Calle de Rossini, en casa de un cuñado, contestó Morel.

—Muy bien, muy bien! dijo Blondin; y despues de despedirse afectuosamente de éste y su familia, subió Morel á su habitacion. La virtuosa familia Morel se ocupaba afanosamente en los preparativos de emigracion; la esposa de Morel iba y venía diligentemente; ya descolgaba un pequeño retrato que no queria dejar, ya envolvía alguna prenda á punto de ser olvidada, ó hacia diferentes flos y paquetes de las cosas urgentes que habían de necesitar, y en todo esto la ayudaba eficazmente su hija Eugenia.

José Morel habia tomado en su escritorio algunos papeles interesantes, dándolos á guardar á su esposa, y luego habia salido precipitadamente en busca de cierto cargador que debía de llevarles hasta la calle de Rossini el cofre en que se habían depositado las cosas más indispensables.

Como á las doce entró de nuevo á su casa José Morel, y anunció á su familia que no era posible salir antes de las dos de la tarde, pues sólo á dicha hora podría ir el cargador, quien tenía ántes otros compromisos que cumplir.

El viejo Morel habia hecho multiples diligencias por conseguir cualquier otra persona que les llevase el referido cofre; pero ello le habia sido imposible en semejantes momentos; sólo pagándole ochenta francos habia convenido á aquel individuo en ir á las dos.

La agitacion y el desorden de gentes que iban ó venían precipitadamente, que se codeaban, que gritaban, crecia de más en más en el barrio San Miguel, y era cada vez más cercano el ruido del cañon y la fusilería.

La esposa de Morel se angustió extremadamente con el anuncio hecho por su marido, respecto al momento de irse; pero ¿qué hacer? Tanto ella como su marido comprendían que en aquellas circunstancias era indispensable que fuese junto con ellos el cofre, depositario de las cosas de algun valor que poseían.

Así como á la una y media del día se habia verificado la más completa metamorfosis en el barrio San Miguel; podía decirse que todos sus habitantes habían emigrado en masa de las doce á la una, y las calles se veían casi desiertas.

—José, José, decía á cada instante á su marido Margarita Morel, que angustia siento mi espíritu; si irá á suceder alguna desgracia á nuestros pobres hijos! —No, mi buena amiga, le contestaba el anciano, no tengas cuidado, á las dos saldremos del barrio.

A las dos menos diez minutos, invadía la comuna el barrio de San Miguel. Cuando llegó hasta José Morel el ruido inmediato de los tiros de fusil, del tamblío y de la repugnante vocería de los insurrectos, su pecho se oprimió dolorosamente.

Margarita se arrojó suplicando al cielo. Eugenia y Pablo se abrazaron confundiendo sus lágrimas. A cada instante oía la familia pasar por la calle grandes tumultos gritando ¡viva la revolucion social! y poco despues quedaba todo en silencio. A las dos en punto, llamó el cargador precipitadamente á la puerta del hogar de Morel.

A estas palabras del solícito padre todos se pusieron activamente en movimiento y pocos instantes más tarde salieron á la calle, que encontraron desierta y en silencio sepulcral.

Aunque en el riente Abril, el cielo se encontraba completamente nublado y el sol escondía así sus rayos, como si le diese pena que ellos alumbrasen el suelo francés.

Al llegar á la primera esquina José Morel se dió una palmada en la frente, recordando que en la precipitacion de la salida habia olvidado tomar la llave de su escritorio.

La familia quiso oponerse á que él se volviese en solitud de la llave; pero el anciano les tranquilizó ordenándoles que siguiesen apresuradamente, que se les reuniría en la calle de Madame.

La esposa ó hijos de Morel esperaron casi media hora en dicha calle, media hora que fué casi un siglo para ellas, y ya se disponían á tomar el camino de la casa cuando se oyó hácia ese mismo lado gran ruido de armas y voces.

Margarita Morel, temerosa por sus hijos, se resolvió, llena el alma de indecibles angustias, á seguir apresuradamente el camino de la calle Rossini.

Volvamos ahora á reunirnos con el honrado Morel. José Morel habia tomado su llave y se disponía á salir de nuevo cuando oyó cierto ruido que se acercaba y á poco, distintamente, de veinte á treinta voces que gritaban: ¡viva Enrique Rocheford!

Su primer pensamiento fué el imaginarse que aquellos hombres se apoderarían de su esposa y sus hijos, y se apresuró á salir; pero oyendo atentamente que el grupo se alejaba del lado contrario al que seguía su familia, su espíritu se tranquilizó algo y resolvió esperar á que todo rumor se hubiese extinguido para ponerse en marcha.

Cuando todo quedó completamente en silencio, José Morel se lanzó á la calle tomando el camino que habia indicado á su familia.

Muy cerca se encontraba el anciano de la calle de Madame, cuando vio inesperadamente aparecer al extremo de la que él seguía un grupo de noventa á cien insurrectos.

Si la calle hubiese sido algo más extensa, acaso hubiera podido huir tomando el camino de su casa; pero á más de ser muy corta, la guerrilla avanzaba rápidamente y era inútil toda tentativa de fuga; sin embargo, Morel hizo cierto movimiento y se disponta á huir, cuando el jefe de la banda acercándose precipitadamente le gritó: ¡alto, ciudadano!

—¿Cómo te llamas? —José Morel. —¿Tu edad? —64 años. —¿Cuál es tu profesion? —Comisionista. —¿Cuáles son tus opiniones políticas? —La necesidad de buscar el pan para mis hijos, no me ha dejado tiempo para más nada. —Es un crimen que merezca la muerte; en el estado actual de la sociedad, no se puede permanecer indiferente sin ser enemigo de las clases pobres. —No podría ser enemigo de los pobres siendo yo mismo pobre. José Morel comprendió que se habia engañado respecto á sus esperanzas en Blanchet. Este era un miserable.

El jefe de la gavilla llevaba en la mano derecha un viejo sable; y lo que le distinguía de sus inferiores, era una gran banda roja y un kepi del mismo color. Por lo demás, su tropa llevaba indistintamente toda especie de armas; pero todos dejaban ver la cinta roja en alguna parte del vestido.

El anciano Morel caminaba resignado y mudo; su pensamiento no se separaba un momento de la noble esposa y de los tiernos hijos, y la voz de su alma pedia á Dios fervorosamente que no los abandonase.

Despues de diez ó doce minutos de marcha, entró la tropa en una larga y estrecha calle, en donde se encontró con banda idéntica de compañeros; ambas se saludaron con entusiasmo.

La tropa que conducía á Morel se detuvo al fin de dicha calle y frente á una casa de dos pisos marcada con el número 92. En la sala del primer piso actuaba el tribunal suplementario.

El jefe de la horda hizo escotar por seis individuos á José Morel, y pasando él adelante le invitó á subir.

Al entrar á la sala, donde habia por todo mobiliario una mesa algo sucia, y seis sillas de madera, y ó al juez sentado cerca de aquella y á sus lados, dos individuos, que parecían ser sus adjuntos ó amanuenses.

El juez era un hombre alto, enjuto, de barba y cabellos rubios, y con más aspecto de Caifás que de Pilatos.

Al entrar José Morel en la sala un relámpago de alegría iluminó sus ojos: el juez era su carnicero, Blanchet, con quien habia llevado las más cordiales relaciones.

El prisionero se aproximó á la mesa por orden del jefe de la banda, y el juez principió así su interrogatorio: —¿Tu nombre, ciudadano? —José Morel. —¿Tu edad? —64 años. —¿Cuál es tu profesion? —Comisionista. —¿Cuáles son tus opiniones políticas? —La necesidad de buscar el pan para mis hijos, no me ha dejado tiempo para más nada. —Es un crimen que merezca la muerte; en el estado actual de la sociedad, no se puede permanecer indiferente sin ser enemigo de las clases pobres.

No podría ser enemigo de los pobres siendo yo mismo pobre. José Morel comprendió que se habia engañado respecto á sus esperanzas en Blanchet. Este era un miserable.

El juez continuó: —¿Qué contingente puedes ofrecer á la revolucion social? —Nada poseo, señor, y soy un anciano. —Registrad á este ciudadano, puede que tenga documentos contrarios al movimiento nacional, dijo el juez al jefe de la banda.

Este se puso en accion, y en pocos momentos depositó sobre la mesa cuanto tenia José Morel en sus bolsillos. Lo de más valor que encontró en ellos fué una libranza de doscientos francos pagadera por la casa de comercio Klein á la orden de Morel.

—Es necesario, ciudadano, dijo el juez, que endoses esa libranza pagadera al portador. —Señor, ese dinero representa el pan que han de comer mis hijos mañana. —Antes que la familia esté la patria; es menester petroleo para incendiar los palacios en que se anida la maldad. El anciano firmó convulsivamente; y al soltar la pluma, una lágrima cayó sobre el papel. Era una lágrima de padre! Luego Blanchet hizo retirar al prisionero para deliberar acerca de la pena que debía imponersele. Aquella deliberacion duraría á lo menos tres minutos. El anciano, abrumado el alma de dolor al pensamiento de sus hijos, principiaba á entrever la suerte que le esperaba. José Morel fué conducido nuevamente ante el juez para que escuchase su sentencia.